

## Prólogo

*D*esde que tan sólo tenía tres años, la princesa heredera Sorcha rogaba a Dios que le diera un hermanito. El hermanito sería el príncipe heredero del trono de Beaumontagne, y ella quedaría libre para ser como los demás niños.

Bueno, no exactamente como los demás niños, pero por lo menos como sus hermanas, que eran simples princesas.

Por desgracia, y causando una inmensa aflicción a la familia, cuando ella tenía seis años murió su madre, la reina, al dar a luz a su tercera hija.

Y entonces vino la abuela a vivir con ellos.

Jamás olvidaría ese día.

El suntuoso coche de viaje se detuvo ante la magnífica puerta principal del castillo y de él bajó la abuela, una anciana alta, flaca, de porte majestuoso, apoyada en un grueso bastón de madera tallada, de pelo blanco y ojos azules, unos ojos azules cuya mirada glacial la heló hasta los huesos.

A partir de ese momento, Sorcha fue criada y educada bajo la severa y crítica mirada de la abuela. Claro que la abuela también se encargaba de supervisar hasta en los más mínimos detalles la educación y la vida de las princesas Clarice y Amy. Nadie podía acusar a la abuela de esquivarle el cuerpo a sus deberes, pero era ella, Sorcha, la que ocupaba la mayor parte de su tiempo y atención.

La abuela daba su visto bueno o malo a los preceptores y estaba vigilante para que le enseñaran todo lo que debe saber una princesa heredera: lenguaje, matemáticas, lógica, historia, música, dibujo, filosofía y baile.

Por orden de la abuela, el anciano arzobispo de Beaumontagne iba todos los domingos al castillo, ya estuviera lloviendo o nevando o brillara el sol, a enseñarles religión a las princesas, y cuando este se marchaba, ella personalmente hacía el repaso del catecismo con Sorcha.

La abuela la instruía en geografía, enseñándole mapas y exigiéndole que conociera los nombres y situación de ríos, montañas y mares. La abuela se las arreglaba para hacer parecer el diminuto reino Beaumontagne, situado en una cima de los Pirineos, entre España y Francia, un centro de cultura y aprendizaje, el país más importante de Europa, en realidad.

En una clase particular semanal, la abuela le enseñaba el arte de gobernar, planteándole complicados problemas y crisis que podrían presentársele a una reina, y exigiéndole que encontrara soluciones a los problemas. La hacía discutir sobre leyes, adoptando diferentes posiciones, mientras ella personalmente hacía el papel del oponente. Y jamás dejaba pasar la ocasión de recordarle que la princesa heredera, y sólo la princesa heredera, era la responsable de perpetuar el linaje real de Beaumontagne.

La abuela le exigía perfección en todo.

Por este motivo, a los veinticinco años, Sorcha consideraba muy sinceramente que vivir en un convento en una pequeña, rocosa y árida isla cercana a la costa de Escocia le daba una libertad que le gustaba muchísimo. Sus deberes eran sencillos: rezaba, leía, cuidaba el jardín. Usaba un hábito marrón; para diferenciarse de una novicia, no llevaba toca, y, dado que era una princesa de Beaumontagne, llevaba colgada al cuello la cruz de plata de su Iglesia.

Durante el invierno mantenía vivas las plantas en el invernadero, y durante el verano, en el jardín. Comía en el refectorio con las monjas y dormía en su sencilla y pequeña habitación casi desprovista de

muebles. Y después de haber pasado tantos años oyendo la regañona voz de su abuela, le encantaba el silencio.

Sin embargo, una noche, ya hacía casi tres años, tuvo un sueño.

¿Un sueño? No, fue algo más que un sueño. Fue más bien una visión de implacable oscuridad y... de años solitarios.

El aire estaba viciado, fétido. Paredes y suelo de fría e insensible piedra la encerraban por todos lados. Ninguna voz perturbaba el silencio. Ninguna mano se acercaba a vendarle las heridas ni a aliviar su dolor. Su cama eran huesos de ratas y su manta una larga y ancha telaraña.

Estaba enterrada viva.

Y no le importaba. En algún lugar cercano caía agua gota a gota en un pozo, y el lento goteo que antes la volvía loca ahora sólo le aumentaba la indiferencia. Su mundo era todo tristeza y soledad. Se estaba muriendo y agradecía el fin de su desolación, de su aflicción, de su sufrimiento.

Las yemas de sus dedos tocaron la esquelética mano de la Muerte.

Despertó sobresaltada, ahogando una exclamación de horror.

La cruz que llevaba colgada al cuello le quemaba el pecho. La sacó de debajo del camisón y en la oscuridad de su celda la vio brillar como una brasa azul. Le quemaba la palma, pero la apretó con toda la fuerza que pudo, por la angustiada necesidad de sentir su consuelo. Se sentó en la cama, temblando, inspirando aire a bocanadas, deseando por encima de todo respirar, escapar, vivir.

Y entonces entró la primera luz de la aurora en su celda y un ave marina emitió su dulce y agudo reclamo fuera de su ventana.

Corrió a la ventana y con las manos cogidas a las frías rejas, miró hacia el mar, tratando de borrar de la mente los restos de ese horrible sueño.

Pero no pudo borrarlo, y desde entonces, esos últimos tres años,

nunca logró recuperar su serenidad. Día tras día se ponía su capa de lana marrón y salía a vagar por la isla, como si buscara algo.

O como si algo la buscara a ella.

# Capítulo 1

*En una isla de la costa noroeste de Escocia, 1810*

**E**n realidad, Sorchá no sabía qué andaba buscando; aunque había estado vigilante todo el verano, no había visto nada especial, aparte del paso de la breve y soleada estación cálida. Había visto la luna llena a fines de octubre, y dos semanas después observó la llegada del señor MacLaren al embarcadero de la poco profunda ensenada, donde iba dos veces al año, procedente de tierra firme, a desembarcar provisiones para el convento: carne, vino y telas. Había visto los nubarrones de la primera tormenta que anunciaba el invierno, la que luego de rugir en el horizonte pasó rugiendo por la isla como un gigante hambriento, azotando el mar, volviéndolo verde y salvaje.

Pero todo eso no era otra cosa que el ciclo normal de la vida en la isla.

Ese día había salido a caminar por la rocosa playa a recoger maderos arrojados ahí por la tormenta. El mar seguía embravecido y las olas azotaban con fuerza la orilla, y arriba las nubes pasaban veloces dejando ver aquí y allá trocitos de cielo azul empañado. Había hielo en las grietas y pozos entre las rocas que no recibían nunca la luz del sol. El viento silbaba en sus oídos y le agitaba la ropa. Se le había escapado un mechón de pelo rojo de la bufanda y le golpeaba la cara; fastidiada, se lo apartó soplando. Ya debería volver al convento, pero el

convento necesitaba combustible para complementar la poca leña de que disponían para los escasos hogares. Además, se sentía tan alborotada y desasosegada como el mar.

Recorrió toda la playa recogiendo ramas y trozos de madera salada, apilándolos sobre una larga tira de tela vieja. Cuando terminó se quedó inmóvil, contemplando. Si miraba hacia un lado sólo veía la delgada línea del horizonte, donde el mar se encuentra con el cielo, y si miraba en la otra dirección, veía la costa de Escocia, que parecía una elevación de tierra marrón y hierba verde. Desde hacía siete años no había puesto un pie en tierra firme, y sin embargo no podía quitarse de encima la sensación de que debía hacer algo.

La fastidiosa lógica que la obligó a aprender la abuela le pinchaba la conciencia como una aguja para bordar caliente entre sus dedos.

Su padre había muerto. Murió en la batalla para recuperar su reino de los revolucionarios.

Según uno de los diarios que traía el señor MacLaren, la abuela estaba a cargo del gobierno de Beaumontagne, y gobernaba con sabiduría.

Por lo tanto, el servidor de confianza de su abuela ya debería haberse presentado ahí para llevar de vuelta a su país a la princesa heredera.

¿Dónde estaba Godfrey, entonces? ¿Por qué todavía no venía el corpulento y musculoso mensajero calvo?

En los diez años de su exilio en Gran Bretaña sólo había visto una vez a Godfrey, cuando llegó a medianoche a sacarla en secreto de la casa de los beaumontagnianos que la albergaban en un lugar de Inglaterra. En el precipitado viaje al norte, él le dijo una y otra vez que la guerra iba mal y que unos asesinos la buscaban para matarla. Insistió en que debía permanecer en la abadía hasta que él viniera a decirle que ya no había peligro.

Por lo tanto, las preguntas que pasaban por su cabeza eran: ¿Haría muerto Godfrey? ¿Sería por eso que no venía a buscarla? ¿Debía ella tomar el asunto en sus manos y volver a Beaumontagne sola?

Contemplando las blancas crestas de las olas, se estremeció de miedo al considerar la posibilidad de salir al mundo.

Su abuela le había dado la mejor educación posible, pero nunca logró enseñarle valentía.

Apareció el sol por entre las nubes, y su luz se deslizó por un trozo de mar, iluminándolo y volviéndolo azul, y mientras ella lo contemplaba, le atrajo la atención un movimiento. Se hizo visera con una mano y entrecerró los ojos; una pequeña barca de pesca, sin tripulantes, iba a la deriva, meciéndose sobre las olas. Sin perderla de vista, subió rápidamente por las rocas, pensando que tal vez alguien se había quedado atrapado en el mar durante la tormenta y necesitaba auxilio.

Esa era una de las principales tareas del convento: auxiliar a los desventurados marineros cogidos por la tormenta y arrastrados a la playa, y enterrar a los muertos y rezar por ellos.

Una corriente cogió la barca y la lanzó veloz en dirección a la playa.

Miró alrededor buscando un palo largo, cualquier cosa que pudiera usar como gancho, pero no encontró nada.

—¡Venga, acércate! —le gritó a la barca.

No quería meterse en el agua gélida para cogerla, y el deber, su omnipresente deber, le exigiría ese sacrificio.

La barca pareció oír su grito y se fue acercando más y más. Entonces subió otro poco por las rocas, tratando de mirar dentro, para ver si había alguien tendido en el fondo, vivo o muerto. De pronto, como un niño rebelde, la barca se detuvo y retrocedió hasta más allá de las olas rompientes.

—¡No pares ahora! —gritó.

La barca se alejó otros cuantos palmos, meciéndose.

Rápidamente se quitó la capa y las botas, se levantó la falda y se metió la orilla bajo el cordón que le ceñía la cintura. Haciendo un mal gesto, se armó de valor y saltó al agua. El agua helada le quitó el aliento, le pinchó las piernas desnudas como agujitas y le mojó la falda, haciéndola más pesada. Comenzó a avanzar hacia la proa de la barca, resistiendo los golpes de las olas y luego la fuerza de la resaca. Una ola le acercó la barca; alargó la mano pero no logró cogerla. Contempló el movimiento de las olas, calculando el momento oportuno, y volvió

a alargar la mano; cogió la barca por un lado y se empinó, para echarle una rápida mirada dentro.

Nada. No había nadie.

Exhalando un suspiro de alivio, fue pasando las manos por el lado hasta llegar a la proa. Con la fuerza adquirida durante las largas horas de trabajo físico en el convento, arrastró la pequeña embarcación hasta la orilla. El crujido de la quilla de madera al raspar la arena fue el sonido más dulce que había oído en su vida, y gimió de gusto cuando la tuvo toda entera sobre la playa, bien alejada de las ávidas olas. Secándose las manos en el corpiño, se giró, y vio a un hombre ante ella.

Lanzó un grito.

Él retrocedió de un salto.

Llevaba ropa tosca, arrugada y húmeda. Tenía los hombros grandes, anchos. Su olor la hizo pensar en pescado podrido y agua de mar. Una barba oscura y revuelta le cubría las mandíbulas y el mentón, y un largo bigote le caía sobre el labio superior. Llevaba un trapo atado a la cabeza, que le cubría la mitad de la cara.

Parecía un monstruo.

Volvió a gritar.

—¡No grites así! —exclamó él. Extendió las manos ásperas, manos de trabajador, con las palmas hacia arriba, y añadió en tono de reproche—: Me has asustado.

—¿Que yo te he asustado? —dijo ella, poniéndose la mano en su acelerado corazón—. Tú me has asustado a mí. ¿Quién eres?

—Soy Arnou el pescador.

Hablaba en inglés, pero con un acento raro que ella no logró ubicar.

—¿Qué haces aquí?

—Deseaba esa barca. —Apuntó hacia la barca y sonrió como un idiota—. La he visto mecerse sobre las olas alrededor de la isla. Pensé que era de alguien que murió, sin duda. ¡Has sido valiente al hacer eso!

Con un enérgico tironeo, ella se bajó la falda.

—¿Quieres decir que me estabas observando?



—Bueno... sí. —Frunció el ceño, como si estuviera perplejo—. ¿Qué otra cosa debía hacer?

Ella cogió su capa y se la echó sobre los hombros. Le castañeteaban los dientes y el viento le pegaba la ropa mojada al cuerpo aterido.

—¿Ayudarme?

—Esa agua está muy fría. No quería meterme.

La indignación subió por ella como una ola, pero ni siquiera eso le calentó el cuerpo.

—Pero ¿estaba bien que yo me metiera?

—Yo no te lo pedí, pero agradezco que lo hayas hecho.

A ella se le desvaneció la indignación. El hombre era simpático, bobalicon y agradecido. Parecía un burro pequeño afable, aunque, claro, era grande. Alto, musculoso, con un cuerpo endurecido por años de mucho trabajo físico y poco alimento.

Y seguía sonriendo, el patán grandullón, estúpido, que ni siquiera tenía la sensatez que Dios le da a un montón de agas.

—Supongo que sería mejor que yo alejara un poco más la barca de la orilla, ¿eh? —dijo él.

—Supongo que sí.

Metió los pies en las botas, gimiendo al sentir los arañazos de la arena en la piel y el dolor del frío en los huesos.

Sin quedarse a esperarlo, echó a caminar hacia la escalera tallada en la roca. El viento la empujaba hacia arriba, hacia las paredes cubiertas de líquen del convento, y empezó a subir con torpe prisa. Tenía que entrar, y pronto. Ya empezaba a perder la sensibilidad en los dedos.

El mal olor del desconocido fue lo primero que sintió detrás de ella, y luego oyó el ruido de sus chanclos en los peldaños.

—¿Así que esta es la famosa Abadía Monnmouth, que rescata a los marineros y los pone en camino?

—Sí.

Qué extraño. Él sabía el nombre. Casi nadie había oído hablar de la abadía, y aquellos que oían hablar pensaban que era un mito de marineros.

—¿Vives aquí?

La escalera era estrecha, por lo que él tenía que ir detrás, pero estaba muy cerca; casi sentía bajar su aliento por la espalda.

—Sí.

Él supondría que era monja. Los hombres siempre suponían eso, y ella les dejaba creer esa falsedad.

—¿Con ese pelo? —dijo él, riendo.

Eso la irritó. Habría hecho rechinar los dientes.

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—Es color naranja, como una zanahoria.

Ella se giró bruscamente a mirarlo. Él volvía a tener esa sonrisa boba en la cara.

—¡No lo es!

No había oído ese estúpido insulto desde la última vez que se encontró con esa bestia suprema, el príncipe heredero Rainger de Leonides, y este ya había muerto.

—Tiene que ser una zanahoria —dijo el pescador, con la frente arrugada, como si estuviera pensando—. Una remolacha es demasiado roja.

Y no era que ella se alegrara de la muerte de Rainger, por cierto. Si no hubiera sido su novio habría podido pasar por alto la burla con más elegancia; pero no logró pasar por alto que la compararan con una zanahoria.

Hizo una rápida oración por su alma, y luego otra para pedir perdón por sus pensamientos tan poco caritativos. Después se giró, dándole la espalda a Arnou, subió dos peldaños, se resbaló en la piedra lisa y se le fue el cuerpo hacia atrás; agitó los brazos, tratando de recuperar el equilibrio, y experimentó la horrorosa sensación de ir cayendo.

Él la cogió.

En realidad, tuvo la impresión de que él tenía la mano muy cerca de la base de su columna, porque con un solo movimiento la cogió, la puso de pie y la afirmó hasta que recuperó el equilibrio. Después, con una rara expresión de azoramiento y malestar, se secó las manos en su camisa.

Dos impresiones pasaron por ella en rápida sucesión: que olía muchísimo peor de lo que pensó al principio, y que tenía el cuerpo increíblemente caliente.

—¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Me cogió la tormenta —repuso él. Como si imaginara que lo iba a golpear una repentina ráfaga de viento, miró hacia el cielo, alarmado—. Sí, la tormenta. El viento soplaba y soplaba, y se hundió mi barca.

—¿Se hundió tu barca? ¿Qué quieres decir? —Apuntó hacia la barca—. Esa es tu barca.

—No —dijo él, negando firmemente con la cabeza—. O no lo era. Claro que si nadie la reclama, es mía.

—Dijiste que deseabas la barca, que la veías mecerse alrededor de la isla... —Pero él no dijo que la barca fuera de él; ella simplemente lo supuso—. ¿De quién es esa barca?

—No lo sé. —Se rió—. De alguien que no sabe lo segura que es su posesión, ¿eh?

Ella miró hacia la barca y luego la cara de él.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Me cogí de un madero suelto de mi esquife y el viento me trajo a tu playa.

—Entonces, ¿dónde está el hombre que venía con la barca?

—No lo sé. Tal vez se cayó.

—¿No has visto ninguna señal de que haya otro hombre por aquí?

—No.

Eso quería decir que había muerto un marinero, pensó ella. Se estremeció y reanudó la marcha hacia el convento.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Unas horas.

Ante ellos se elevaba la puerta de madera.

—¿Por qué no subiste directamente al convento?

—Porque deseaba esa barca —dijo él.

Ella emitió un sonido de exasperación. Ese hombre repetía siempre lo mismo.

Él levantó el enorme anillo de hierro de la puerta y lo dejó caer sobre los tablones.

El sonido resonó en los corredores del interior.

Al girarse repentinamente ella alcanzó a verlo mirándola con el único ojo que se le veía, y por un aterrador momento, le pareció que no era tonto en absoluto. Nuevamente le pareció un monstruo.

—¿Por qué llevas ese pañuelo sobre la cara? —le preguntó bruscamente.

Sonriendo amablemente, él se tironeó un mechón de pelo.

—Perdí un ojo. No es una visión bonita, una cicatriz toda roja, así que la llevo cubierta. —Empezó a levantar el trapo—. ¿Quieres verla?

—¡No!

En el interior de la abadía se oyó un ruido semejante al movimiento de hojas secas; ella sabía por experiencia que un hábito almidonado hace exactamente ese ruido. Se abrió la puerta de par en par y apareció una monja mayor, con los ojos bajos y las manos metidas en las mangas.

—Hermana Theresa, tenemos un viajero que ha sido arrojado a nuestra playa —dijo Sorchá, entrando en el vestíbulo—. Dígale a la madre Brigitte que este hombre necesita techo hasta que pueda volver a su mundo.

Al oírle el castañeteo de los dientes, la querida hermana Theresa levantó la vista. Desapareció su actitud reservada y dijo en tono de arrullo:

—Por nuestro Señor, querida mía, ¿se cayó en el mar? De prisa, es necesario calentarla y bañarla, no sea que se muera de enfriamiento. —Le puso una manta seca sobre los hombros y la abrazó—. A la enfermería.

—Sí, hermana —dijo Sorchá, echando a andar.

No estaba en condiciones de discutir. La estremecían unos violentos tiritones.

Entonces la hermana Theresa miró a Arnou. Contuvo el aliento al sentir su fetidez. Apuntando hacia un punto invisible en el suelo, dijo en un tono de acerada orden:

—¡Tú! ¡Viajero! Quédate aquí hasta que alguien venga a buscarte. No te muevas. No toques nada. Y no ensucies nada.

Arnou entró arrastrando los pies.

La hermana Theresa dio alcance a Sorchá y le ofreció el brazo para ayudarla a caminar.

—¡Ánimo, querida!, que llegaremos ahí.

Sorchá asintió. Sabía que en la enfermería le calentarían los pies con bolsas de arena. La hermana Rebecca, la directora de la enfermería, le daría una dosis de miel, recogida de las abejas del jardín que cuidaba ella. Pero iba arrastrando los pies por las bandas de luz formadas por los rayos de sol que entraban por las elevadas ventanas. No podía desentenderse de la sensación de que había dejado abandonado a Arnou.

—¡Señorita! —gritó él, con su voz bronca.

Ella se giró a mirarlo, ridículamente aliviada por tener la oportunidad de verlo otra vez para comprobar que estaba bien. Él seguía en el vestíbulo, en el lugar que le indicara la hermana Theresa, mirándola con una desolación que daba la impresión de que ella se había alejado llevándose su salvación.

—¿Sí?

—No le pregunté su nombre.

—Sorchá —dijo.

Mirándolo a través de claros y sombras le pareció ver en él algo conocido. Su postura, con las piernas separadas, como si quisiera afirmar su posesión de la tierra, su mano apoyada despreocupadamente en la cadera, su mentón levantado en un gesto arrogante. Y ese ojo, ese ojo grande, bien abierto, sin pestañear, que la miraba fijamente, atontándola... Tuvo la impresión de que en un lejano sueño había visto sus ojos, los dos ojos, mirándola mientras la Muerte alargaba su mano.

La hermana Theresa le apretó el brazo.

Arrancada de su contemplación, pegó un salto.

—Querida, podría morir de frío si no se apresura a ir a la enfermería.

Cuando Sorcha volvió a mirar a Arnou, él sonrió de oreja a oreja y movió lentamente la cabeza de arriba abajo. Nuevamente era el pescador tonto, bobalicón.

Pero la cruz de plata estaba caliente, y le quemaba el pecho.